

LA FE DE LA MUJER - 17/08/08

Lecturas: Is 56, 1. 6-7; Sal 66; Ro 11, 13-15. 29-32

Lectura del santo Evangelio según San Mateo:

Jesús partió de allí y se retiró al país de Tiro y de Sidón. Entonces una mujer cananea, que procedía de esa región, comenzó a gritar: «¡Señor, Hijo de David, ten piedad de mí! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio.»

Pero él no le respondió palabra. Pero los discípulos se acercaron y le rogaron: «Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros.» Él les contestó: «Yo no he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel.»

Ella se acercó entonces a Jesús y postrada ante él, le dijo: «¡Señor, ayúdame!» Él le respondió: «No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselos a los perritos.» Pero ella replicó: «Es cierto, Señor, pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe; que se cumpla lo que deseas.» Y en aquel mismo instante quedó curada su hija (Mt 15, 21-28).

Introducción.

“*Qué grande es tu fe*”, le dijo Jesús a la cananea. Qué grande es el destino de la mujer, la vocación de la mujer, el papel que Dios otorgó a la mujer. Y probablemente, así como Dios puso una predilección tan especial en esa criatura, también la haya puesto el diablo desde el principio, por alcahuete, copión, poco original y envidioso, porque al no haberlo elegido Dios a él, entonces pretende romper todo aquello elegido por Dios. Se los digo porque desde el principio existe ese combate entre una selectividad muy particular de Dios y, al mismo tiempo, una elección también del diablo; lucha que se sigue de manera escatológica -como decimos en teología-, dado que el Apocalipsis dice que aun hasta el fin de los tiempos la “*mujer vestida de sol con la luna bajo sus pies*” -como la imagen de la Guadalupana que tenemos aquí-, seguirá luchando contra “*la serpiente que es el demonio y Satanás*” (cf Ap 12, 1-17 y 20,2 ss).

Por lo tanto, desde el inicio estamos ante ese acontecimiento cósmico, dramático, y también íntimo y particular. Es tan trascendente como tan simple, como la lucha diaria entre una tentación, un pensamiento, y la fe que tiene la mujer. El mismo combate universal y cósmico también se da en las pequeñas cosas.

Les decía al comienzo de la Misa que vamos a estar dedicando todo este vigésimo domingo del Tiempo Ordinario a esta reflexión, conscientización y exaltación de la figura de la mujer, poniendo por encima, y “*bendita tú entre todas las mujeres*” (Lc 1, 42) a María Santísima, a quien en estos días hemos venerado en todo el mundo en su ascensión al Cielo para ser coronada de gloria y majestad. María Santísima es la primera resucitada después de Cristo, y como los 15 de agosto la Iglesia entera

celebra a Santa María, todavía vivimos los ecos de esa fiesta que se siguen repitiendo en nuestros oídos y en nuestro corazón.

También las lecturas de este domingo apuntan en ese sentido. La primera lectura, de Isaías, utiliza el símbolo de la casa “*mi casa es casa de oración*” (Is 56, 7) y no será destruida, ni enviciada ni tergiversada, dirá Jesús (cf Jn 2, 13-17), tomando por símbolo aquello que en el Génesis dijo Jacob: “*ésta es la casa de Dios y puerta del cielo*” (Gn 28, 17), “*domus Dei et porta caeli*”. Y esta frase, letanía, esta advocación de ser “*casa de Dios y puerta del cielo*” la Iglesia se la atribuye, naturalmente, a María Santísima. Porque Ella en su vientre -“*bendito el fruto de tu vientre*” (Lc 1, 42), que es Jesús- fue la primer casa de Dios en este mundo, el primer vehículo, el primer receptáculo, el primer lugar que Dios tuvo en el mundo para habitar (Jn 1, 14) y desde allí trasmitirse al mundo entero.

Escuchamos canciones, lecturas del Antiguo Testamento y el Evangelio de hoy que exalta una mujer extranjera. Cuando empezamos a leer este pasaje de San Mateo, les dije que la región de Tiro y Sidón es al norte de la Palestina y que Jesús solamente salió dos veces de su país, Palestina. Una vez cruzó el Jordán y fue a la región de Gerasa, cuando curó a aquel endemoniado (Lc 8, 26-40; Mc 5, 1-21), y la otra vez fue ésta que acabamos de leer, cuando cruza a Tiro y Sidón, lo que actualmente es El Líbano.

Les digo esto porque Él no tenía primeramente por misión extender la fe al mundo pagano, sino que eso lo iban a hacer sus hijos, los discípulos. Sin embargo, como excepción, se encuentra en Tiro y en Sidón, y por eso se muestra aparentemente tan despectivo o agresivo con esta mujer. Pero acabamos de ver “cuán agresivo fue”, ya que le duró dos minutos esa actitud, porque lo que está haciendo Jesús es ver hasta dónde le da la fe a esta mujer, como si dijera: “¿Qué te pasa? Pides, pides, pides, ¡y es lo único que haces!”. Y, como dice claramente, además es una extranjera. “No, yo no he venido para esta gente”, diría Jesús, “yo he venido para los hijos de Israel, éstos son extranjeros”. Luego vamos a ver que la Buena Nueva llega a todos los rincones del mundo, pero en principio no.

Escuchamos que la mujer insiste; insiste tanto que los aburre a los apóstoles y les grita -lo leímos, no es invento mío, yo sólo se los payaseo un poco-, por lo cual los discípulos le dicen a Jesús: “Hazle el favor, por lo menos para que se calle”. “No, ni para que se calle le voy a hacer el milagro”. Es más, ustedes perdonen, pero no son palabras mías son palabras del Evangelio, la trata de perra, lo dice así: “*No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselos a los perritos*” (Mt 15, 26). “Bien -le dijo la mujer-, no hay problema; pero a veces hasta los perritos comemos las migajas”. Entonces Jesús, diríamos, se sacó el sombrero y dijo: “Bendita tú también mujer, por tu fe; y por lo tanto se te va a cumplir todo lo que deseas y aun más, no nos vamos a quedar cortos”.

1 A ese destino está llamada la mujer, por eso tiene un combate inicial con el diablo y por eso tantas veces pierde o tantas veces gana. Desde el principio, cuando Dios crea

a la mujer con todo ese simbolismo que aparece en Génesis 3 -el barro, el agua, la costilla, el sueño, etc.-, el autor sagrado, que es un poeta muy fino, alegóricamente define la creación de la mujer “en relación”. Desde el momento de la creación, la mujer no tiene consistencia “en sí misma”, está creada “en relación”. Es una entidad -perdonen el ejemplo, con la mayor delicadeza se los digo- como el valor de una moneda, diríamos. ¿Cuánto vale el peso mexicano? Bueno, “en relación” al dólar, vale 10 pesos 1 dólar, en fin, “en relación” al euro de la Comunidad Económica o “en relación” al yen de Japón vale tanto. Es decir, unas veces tenemos valores en la vida por nosotros mismos y otras veces comparativamente. Somos más lindos o más feos, o más inteligentes, o más despiertos, “en relación” a otros. Ahora estamos viendo las Olimpíadas, y unos van más arriba, otros más rápido, otros más lejos, en fin. Hay veces que tenemos valor por lo que tenemos en nosotros mismos y otras veces “en relación”.

Para hacérselas breve, la creación de la mujer es “en relación”. Primero, en relación a Dios Padre, que ejerce el rol de Creador; es el Padre quien crea. Entonces, en primer lugar, el rol de la mujer en relación al padre es el de hija, el de reconocerse hija. Por lo tanto, en relación al padre, debe reconocerse agradecida, obediente, respetuosa con quien le dio la vida, el Padre Dios, a través de su propio padre.

Segundo, en relación al hombre, que en el caso de la creación era Adán; la mujer tiene un rol, diríamos, de compañera, de complemento, de amiga, de socia con el hombre, de igual al hombre. No solamente en el rol de esposa, sino también en el rol de hermana, vecina, compañera de trabajo, de igual. Vamos a llamarle de compañera, así dice la Biblia: “Voy a crear una compañera para el hombre”, una compañía (cf Gen 2, 22-23; 3, 12). Repito, no sólo en el carácter sponsalicio, sino también en el carácter amistoso, relacional, social, etc., que la mujer debe tener en relación al hombre, de igual a igual; desde el principio fueron hechos iguales.

Y, en tercer lugar, lo dice claramente la Biblia, la mujer también en relación al hijo, a lo que de ella va a nacer. Bendito sea Dios que la elige para semejante vocación y por lo tanto ahí tiene el rol de madre, que educa, forma, regaña, que es más que el hijo.

Esas funciones de hija, de compañera y de madre, son dadas por Dios para dignificar a la mujer. Pero cuando estos roles se entreveran, se mezclan, se confunden -cosa que ocurre a diario y de manera muy frecuente-, comienzan todos los problemas relacionales, los complejos, patologías, enfermedades, confusiones, entreveros, conflictos, etc. Precisamente cuando se confunden, dado que la mujer está creada “en relación a”, estos roles se transforman en problemas relacionales. Por ejemplo, cuando la madre en vez de ser mamá -valga la redundancia- de su hijo, actúa como igual a su hijo, ¡el hijo le camina por arriba!; o cuando la mujer, en vez de ser compañera o igual al hombre, actúa como hija, entonces el machismo abusa; o cuando tiene que ser hija de un buen padre, y actúa como compañera, o como madre, o de igual a igual. Esos entreveros entre ser hija de un marido o ser mamá de un

marido, en lugar de ser la esposa de igual a igual del marido, hacen que en vez de criar tres hijos, críe cuatro. ¡Díganme si no es así! Después se quejan de los matriarcados, cuando la madre en vez de ser madre de sus hijos, al revés, es hija o es hermana o es cómplice de sus hijos. A esos entreveros se les llama en inglés role playing, los cambios de roles, cuando en vez de ubicarlos correctamente se mezclan y van generando toda esa confusión, entrevero, nigredo y angustia de la vida comunitaria y de la vida relacional, lo cual empieza precisamente por esto, por no ser fieles al destino y a la vocación que Dios nos dio.

2

Brevemente les estoy comentando el gran papel que la mujer tiene en relación con el hombre. Pero el papel fundamental de la mujer no es solamente con respecto al hombre, sino también con respecto a toda la humanidad, sea con los hombres o las demás mujeres, por supuesto, porque es madre de un hijo o madre de una hija. “En relación” a otra persona, la mujer tiene a veces un papel fundamental en cuanto a la dignificación del hombre. Según cómo la mujer trate al hombre, va a ser el estímulo, la motivación, la dignidad, la meta. Gracias a ello, digo yo, salimos de las cavernas a cazar bisontes, ¡si no estaríamos haciendo dibujitos adentro de las cavernas! Porque vino la mujer a insistir y estuvo ahí enfadada: “no, viejo, ve a cazar que esto no nos alcanza”... y por lo menos para que se calle, salimos a cazar bisontes. Lo mismo aquí, los apóstoles le dicen a Jesús “por lo menos para que esta mujer se calle, hazle el milagro”; por lo menos para que no moleste, también el juez hace justicia a la viuda impertinente que le tocaba a la puerta (cf Lc 18, 2-5). Esto no es para ridiculizar, al contrario, es para mostrar que las grandes conductoras de la humanidad han sido también mujeres; muchas han llevado la batuta, quizás de manera más anónima que el hombre, pero sin embargo han sido las que estaban por detrás.

Evidentemente, la mujer tiene un rol o un papel fundamental en cuanto a la motivación, el estímulo, la dignificación, pero también es cierto todo lo contrario, cuando a veces vemos en sus relaciones que por la opresión, la asfixia, la dependencia, arruina a sus hijos, arruina a sus maridos. Después ella se queja de que el esposo es “un inútil de dos patas”, como dice la canción. Pero, ¡y si fuiste tú la que lo hiciste así! No te quejes de lo que tú misma hiciste, porque tú podrías haber hecho a un gran hombre al lado tuyo, y sin embargo lo fuiste pisando y diciéndole que era un inútil desde hace mucho. ¿Para qué? Para que te hiciera caso. O lo corregiste, lo regañaste, o “le bajaste los humos” -según tú-, y después te quejas de que es un inútil. ¡Y si lo hiciste tú así! O lo hiciste con tu hijo, o tu hermano, o tu propio papá. Y por lo tanto, como Eva, engatusan al hombre en vez de estimularlo o motivarlo. Perdónenme ustedes, mujeres, que me entienden mucho más de lo que yo estoy diciendo, pero díganme si a veces, hasta mintiéndole un poquito para que se lo crea, luego resulte ser real lo que tú le hiciste creer. ¡Cuántas veces nos han tratado como lo que no somos y luego llegamos a serlo! Cuando nos dijeron “tú eres un genio”, “tú eres grande”, “tú puedes”, y nos lo creímos, con el tiempo realmente fuimos lo que nos hicieron creer hace un tiempo atrás. Entonces, vale.

Por lo tanto hay un papel clave de la mujer, tanto para la elevación como para la perdición del hombre. Hay un libro hermoso de un teólogo ruso, Paul Evdokimov, que se titula “La mujer y la salvación del mundo”, donde insiste en esto que yo les estoy diciendo: según cómo la mujer trate a la humanidad, la humanidad será. Porque ella tiene un papel clave en cuanto a la educación, a la formación, en cuanto a la estimulación. Recuerdo aquella alegoría del cuadro de Eugenio Delacroix, donde la mujer aparece con la bandera francesa llevando adelante las huestes, ¡qué cosa hermosa! Muestra simbólicamente cómo puede ser la figura femenina la que “enarbola los estandartes”, llevando adelante una familia, una comunidad y un país, en vez de quejarse, o criticar, o andar en el chisme o las habladurías, porque entonces vamos para atrás. De la actitud de la mujer va a depender su salvación o su perdición, no hay duda. Y no porque el hombre no tenga valor en sí mismo (si quieren otro día hablamos del hombre, varonil, con mucho gusto), pero hoy estamos hablando de la mujer para exaltarla y, primeramente, para tomar conciencia. Había un libro en Argentina, hace muchos años, que se llamaba “El varón domado”; domado por las competencias, por las rivalidades, por lo sadomasoquista, por las dependencias, por los machismos o los matriarcados, por los feminismos que, lamentablemente -¡para qué les voy a contar si saben mejor que yo!- arruinan las comunidades, las almas, las familias y la humanidad entera.

③ Se dice, injustamente, que San Pablo sólo critica a la mujer. A veces la critica porque habla de más, o la critica porque es provocativa; a veces la critica cuando trasmite o divulga curiosidades o chismes (cf 1Co 11, 5-11; 14, 34-35; 1Ti 2, 9-11; 3, 11). San Pablo dignifica a la mujer en una oportunidad, cuando dice en Gálatas -¡como si fuera poco!-: “*de una mujer nació el Mesías*” (4, 4). Es la única vez que la exalta directamente, si no por lo general es crítico.

Bueno, no sólo el Apóstol es crítico, sino que la misma psicología contemporánea también lo es. Repasando brevemente los libros de psicología de Carlos Gustavo Jung o de la terapeuta francesa María Luisa von Franz, justamente vemos cómo plantean que en la psicología de la mujer, quien por fuera puede ser aparentemente muy sensible, femenina o discreta, por dentro hay como un espíritu o mecanismo -le llaman “animus”-, muy frío, calculador, intelectual, reflexivo, racional, reflejo, poco espontáneo, e incluso a todo eso le llaman el “sexto sentido” o la intuición femenina. Muchas veces ese carácter interior resulta hasta cruel, inflexible, pertinaz, tozudo, necio, y estoy usando términos del Antiguo Testamento para hablar también de la necedad o de la tozudez, o de esa perseverancia mal entendida, que aun sostiene lo que dice hasta la muerte, por más que esté equivocada. Sobre ese pensamiento interno de la mujer, dice el psicólogo que “suele tener razón, pero está fuera de la realidad”. Por ejemplo, mi mamá me dice: “Ernestito, ponte una bufanda y un abrigo para salir esta noche, porque si te agarra el frío te vas a enfermar de gripa o pulmonía”. Lo que dice mi mamá es cierto, pero se aleja de la realidad, porque “¡hace 40° de calor, mamá!”. “No importa, tú lleva un abrigo igual...”. Mi madre tiene razón en lo que dice, pero no tiene nada que ver con la realidad. Otro ejemplo

es el de aquella alcaldesa de un pueblo que, al asumir, dice que lo primero que hará es cerrar todas las cantinas del pueblo porque son fuente de pecado, perdición y depravación. Entonces se acerca el secretario y le dice: “Señora alcaldesa, en este pueblo no hay cantinas, están en el otro pueblo”. Y ella responde: “No me importa, las cierro igual”. El discurso de la alcaldesa es razonable, pero no tiene nada de realidad... ¡en fin!

Lamentablemente, ese espíritu utilizado para el mal causa estragos y, sin embargo, utilizado para el bien, es causa de la conducción de la humanidad, de la sabiduría espiritual que tiene la mujer sobre el hombre. Un consejo en materia de la vida, en materia espiritual, de la mujer sabia, de la mujer inteligente, prudente y cauta, hace mucho más efecto en el hombre que una primera plana del periódico. Una palabra de estímulo, un aliento, un consejo de mi madre, tiene mucha más fuerza en mí que salir en primera plana del periódico. Pues mañana salen nuevos periódicos y se olvida el de ayer; pero lo que me dijo mi madre no me lo olvido más. No sólo como hijo se los digo, como hombre también, lo que me dijo mi madre, o un ejemplo que me dio, o una imagen, no lo olvido nunca más.

4

De esa manera la Biblia va utilizando, a lo largo de todas las Sagradas Escrituras, distintas imágenes con respecto a la mujer. Primero de desconfianza, de sospecha, por lo de Eva (Gén 3, 6), por toda aquella presunción, desobediencia, crítica o “meimportaquismo”, una característica de los niños que usábamos en psicología, que es la actitud de “no me importa nada”, “I don’t care” como dicen los gringos. Es decir, lo que Dios me dice me entra por un oído y me sale por el otro; yo hago lo que quiero, le digo que “sí, sí, sí, mi Señor”, “sí, sí, sí, mi Dios”, pero por dentro me burlo. Ese espíritu burlón, ese espíritu crítico, ese espíritu desobediente, es lo que entreveró a la humanidad desde el principio. Por lo tanto, al principio la Biblia sospecha de esas “modositas” actitudes, que te dicen “sí, sí, sí” pero, por dentro, “todo está fríamente calculado” -como diría el Chapulín-. ¡Qué te voy a hacer caso! Por dentro me burlo de lo que tú me digas, de lo que Dios me diga, ¡Santa María! Cuando estás apartada de Dios, muchas veces te crees más que Él.

Por eso, primero, la propia Biblia saca la ametralladora. ¿Por qué hace esto?, ¿porque le tiene miedo a la mujer, o porque no la quiere? Todo lo contrario. Es porque ella quizás no sabe a lo que está llamada. Y empiezan a aparecer en el Antiguo Testamento las imágenes de Sara (Gén 17 y ss), Rebeca (Gén 24 y ss), las mujeres de los primeros Patriarcas, que son ejemplo para la humanidad. Luego Rut, Ester, Judit, Susana (cf. Dan 13), la Sulamita del Cantar de los Cantares, la madre de los macabeos (2Mac 7), Rajab la de Jericó, antigua prostituta y sin embargo modelo de la libertad de Israel (cf Jos 2 y 6). ¡Santa María, Madre de Dios! Todas estas mujeres del Antiguo Testamento condensadas también en la imagen de la Sabiduría que los escritores presentan como si fuera una mujer. Miguel Ángel, el gran pintor italiano, en el cuadro de la creación en la Capilla Sixtina, pone a la Sabiduría como una mujer junto a Dios Creador. También lo dice el libro de los Proverbios al final, o el Eclesiástico, hablando de la mujer ejemplar (Pr 31, 10-31; Eclo 24 y 26, 1-4). Por

lo tanto, es ambivalente la crítica y la exaltación que el Antiguo Testamento hace de la mujer.

Y llegamos al Nuevo Testamento donde, para hacérselas breve -y no se preocupen pues yo ya me tomé el trabajo de buscar-, Jesús jamás critica a ninguna mujer. Es así; nunca criticó a ninguna, a todas les “buscó la vuelta”; a todas les encontró como un pretexto, a todas les dio como una nueva oportunidad. Salvo en una parábola, que es una alegoría, donde habló de las vírgenes imprudentes y necias que se habían olvidado el aceite para las lámparas (Mt 25, 1-13); pero es un cuento, ni siquiera es una mujer concreta. A todas las demás, Jesús nunca las criticó.

En su ascendencia (cf Mt 1) cuando aparece la genealogía de Jesús, Él mismo no se avergüenza de reconocerse descendiente de Tamar (Mt 1, 3), una adúltera (Gén 38, 12-26); de Rut (Mt 1, 5), una moabita que venía de un pueblo incestuoso (Gén 19, 30-38) -es lo que les estaba diciendo antes del cambio de roles-; de Rajab (Mt 1, 5), una prostituta; de Eva, ella aparece en la ascendencia de Jesús (cf Lc 3, 23-38); de Betsabé (que adulteró con David, cf. 2Sam 11). Yo siempre digo “las abuelitas” de Jesús, ¡Santa María, mira las abuelitas que tiene! Es el mismo Jesús quien, a lo largo de todo el Nuevo Testamento, como hoy lo vemos, exalta a la mujer. Recordemos a la samaritana (Jn 4, 5-42), a Magdalena, la que antiguamente era prostituta, ¡lo que hace por ella, le da todo! (Lc 8, 2; Mc 16, 9). También la adúltera a quien le dice “*ni yo te condeno*”, y el que tenga que decir algo de ella que tire la primera piedra (Jn 8, 3-11). Además la viuda que da dos monedas (Mc 12, 42-44), la hemorroísa (Mc 5, 25-34), la viuda de Naím, a quien le resucita su hijo (Lc 7, 11-15), porque “tu fe te ha salvado” les dice Jesús. Y esta cananea a la que trató de perra, y aun así le hace el favor del milagro. ¡Ni qué hablar de las tres Marías “*junto a la cruz de Jesús*” (Jn 19, 25)! Allí estaban María Santísima, María Magdalena y María la de Cleofás; las tres Marías, como la constelación que tenemos en el cielo.

Y respecto de la mujer en cuanto a la escatología, a la vida futura, ellas son las primeras que presencian la resurrección (Mc 16, 1-11); una mujer es la “*vestida de sol*”, en el capítulo 12 del Apocalipsis; otra mujer es la Esposa del Cordero (Ap 19, 7-8); otra mujer es la nueva Jerusalén (Ap 21, 9-10); una mujer también es figura de la Iglesia, ¡bendito sea Dios! Son figuras de mujer, con las cuales Dios quiere hacer una alianza.

- 5 Por lo tanto, la mujer tiene el gran encargo de dar, a través suyo, la vida que es de Dios, de educar a la humanidad, de ser la compañera de la humanidad y de transmitir la fe. Ése es el gran destino que tiene la mujer: no solamente transmitir la vida física, sino transmitir la vida intelectual, afectiva y, fundamentalmente, espiritual, transmitiendo la fe, como la mujer del Evangelio de hoy, a la que el Señor le dijo: “*tu fe te ha salvado*”. Primordialmente ella está creada “en relación”, no tanto con el resto de la creación sino en relación con Dios. Les reitero que ése es el gran destino de la mujer: el de estar en relación, sí, pero no sólo con el resto de la humanidad, a lo que la mujer dio vida, educó y transmitió su fe, sino en relación con Dios. Y por
- 6

eso, la gran táctica o estrategia de la mujer es salir de sí misma, no pensar en sí misma, no entreverarse en sus pensamientos, no estar pendiente de lo que va a ganar o a lograr especulando con segundas intenciones o interpretaciones, que la llevan a creer que es más inteligente que Dios mismo, porque siempre “le ve la quinta pata al gato” y “entiende todo” (al menos eso es lo que ella cree). Al contrario, debe despojarse de todo lo que tenga que ver consigo misma y darse, entregarse, ser solícita. No se preocupen, porque a quien se da con generosidad, especialmente en relación a Dios, Él le retribuye de manera eminente.

Todo esto es lo que celebramos en la Asunción de María. Porque así como Ella se reconoció “*la esclava del Señor*” y dijo “*hágase en mí según tu palabra*” (fiat mihi secundum verbum tuum, Lc 1, 38), fue la modelo de la fe, como Isabel se lo reconoce: “*Dichosa tú porque has creído*” (Lc 1, 45). Ese gesto de fe de María para con respecto a Dios es lo que le permitió a Él revestirla de gloria y de majestad, exaltarla a los cielos, es decir, “saltar más arriba de”; “ex”, en latín, significa “más que”, por tanto exaltar significa ponerla en lo más alto, ponerla en la cúspide.

María. De ese modo, entonces, ya que todavía vivimos el eco de la fiesta de la Asunción de María Santísima, no solamente como hijos nos alegramos por su exaltación. Ella es, en relación a Dios, la Hija obedientísima de Dios nuestro Padre; también es la Esposa amorosísima del Espíritu Santo, con quien engendraron a Cristo; y asimismo es la Madre amantísima de su Hijo Jesucristo, como lo habían profetizado las Escrituras anticipando que cuando nazca de una doncella el Redentor, cambiarán los tiempos (Is 7, 9 y 11; Mi 5). María Santísima es grande a los ojos de Dios, porque se entregó con fe. Por eso, no solamente fue la Madre de Dios, ¡bendita sea!, que es la gran dignidad de María y así la gran humilde fue la más exaltada, sino que también María Santísima pasó a ser Madre de todos nosotros, como Jesús se lo dijo en la cruz, en la persona de Juan, “*he ahí a tu hijo*” (Jn 19, 26). Ella es la nueva Eva no sólo Madre de los vivientes sino Madre de los que creemos y esperamos resucitar con Cristo. Que María Santísima no sólo acompañe, bendiga, ilumine, fortalezca, exalte, sino que también agradezca -como sólo Dios a través de su Madre puede agradecer- a todas las mujeres aquí presentes o representadas, que en María y en la Iglesia tienen su modelo. Que Ella nos siga educando como catequista y transmitiendo la fe a nosotros, a toda la humanidad, que tanto la necesitamos; y que, como la nueva Jerusalén que nos espera en el Cielo, pido a Dios que también María nos reciba, como Madre amorosa y clemente que es, en el Reino de los Cielos para nuestra salvación. Que así sea.